

Javier Marías: «El grado de ignorancia en España es deprimente»

Ana Solanes

Han tenido que pasar casi ocho años para que Javier Marías escribiera la palabra «fin». Antes de esas tres letras, las casi mil seiscientas páginas de su trilogía *Tu rostro mañana*, que integran las novelas *Fiebre y lanza* (2002), *Baile y sueño* (2004), y un último tomo, *Veneno, sombra y adiós*, que la crítica señala ya como su obra maestra.

Cuando tuvo lugar esta entrevista, contaba Marías que aún no se había desprendido del todo del libro, que todavía se sentía invadido por ese universo en el que ha vivido como en un refugio estos últimos años, de modo que le aliviaba no experimentar «ese vacío del quehacer terminado, parecido al que deben de sentir los jubilados».

La verdad, la culpa, la violencia, la moral, el egoísmo... de todo eso, y de mucho, muchísimo más, habla *Tu rostro mañana*, por boca, sobre todo, de ese protagonista narrador con el que los lectores de Marías ya están familiarizados, pero que terminan de conocer del todo en *Veneno, sombra y adiós*. Ese Jacobo-Jaime-Jacques Deza que nació en la imaginación de Javier Marías hace ya dieciocho años, en su novela *Todas las almas*, y en cuyas peripecias vitales y reflexiones cabe todo: el humor y el drama, la digresión filosófica y la aventura, el relato a medio camino entre la ficción, y la realidad, la autobiografía, la historia, la memoria y el ensayo.

Javier Marías nos recibe en su casa del centro de Madrid y se presta a conversar, sin prisa, siempre dispuesto a divagar y a reír, como en sus libros. Tan generoso con su tiempo que, sin darnos cuenta, transcurren un par de horas charlando sobre los más diversos temas al hilo de algunas de las citas de *Veneno, sombra y adiós...* de este libro enorme, en todos los sentidos.

–Ha puesto punto y final a casi mil seiscientas páginas, su novela más ambiciosa. ¿Cómo fue adquiriendo conciencia de la magnitud de la historia que tenía entre manos?

–No es una cosa a la que puedas ponerle fecha porque éste no es un libro que estuviera concebido desde el principio con esas dimensiones, ni muchísimo menos. Es posible que de haber sabido que iba a acabar convirtiéndose en esta cosa monumental, aunque sólo sea por tamaño, ni siquiera lo hubiera abordado. Cuando yo saqué el primer volumen hace justo cinco años hablé de un segundo volumen, en absoluto de un tercero, y sabía que iba a ser una novela extensa. Y cuando llevaba la mitad del primer volumen escrita me di cuenta de que una de dos: o iba a ser un libro muy, muy largo, o bien lo sacaba en dos partes, en dos volúmenes a pesar de que los editores se oponían porque decían que la gente no iba a querer esperar. Así que no hay un momento determinado. Hay libros que crecen a partir de sí mismos y uno les va viendo las posibilidades a medida que escribe. El ejemplo es el de *Don Quijote*, que como se sabe, en un principio iba a ser una novela corta con tan sólo lo que hoy en día son los seis primeros capítulos. Así que es algo que ha ocurrido a menudo, aunque en mi caso no ha habido una ambición previa.

–En este caso la magnitud no es sólo por la extensión, sino también por la cantidad de temas de los que trata. Tu rostro mañana habla, entre otras muchas cosas, del modo en que ignoramos nuestros límites. ¿Cree que, como se dice en la novela, en esta vida llegar a ser cruel o deshonesto, o hasta un criminal, sólo es cuestión de tiempo, de tentaciones y circunstancias?

«Algunos libros crecen a partir de sí mismos, como el Quijote, que iba a ser una novela corta»

–Para el que lleva esa probabilidad en el interior de sus venas, como se dice en el libro, sí. Para el que no la lleva no.

–¿No llevamos todos dentro esa probabilidad del mal, aunque no llegue nunca a manifestarse?

–No, no creo que la llevemos todos, por fortuna. La idea de que todo el mundo tiene capacidad para el mal, llámalo como quieras, y sólo es cuestión de circunstancias o de tiempo que eso se manifieste, sería demasiado simple. A mí me recuerda en cierto sentido a lo que han dicho a lo largo de todos estos años de la democracia en España muchos de los escritores que incluso se comportaron mal durante el franquismo. No es que estuvieran con el bando franquista simplemente, alguno lo estaría en su día, supongo que de buena fe, por así decirlo, porque creían en sus ideas, pero hubo gente que realmente colaboró con ese régimen cuando ya se vio que era un régimen tiránico, o que hicieron cosas muy feas, sobre todo en los primeros años de la posguerra. Pues una de las cosas que han intentado decir algunos de ellos para justificarse es que todo el mundo hacía lo mismo, que no había más remedio para sobrevivir, que había que colaborar y estar a buenas con el régimen. Y eso no es cierto. Hubo gente que no lo hizo y que tan necesitada estaba de sacar a su familia adelante como el resto. A muchos de ellos, como es sabido, se les impidió ejercer su profesión, ya fueran médicos, arquitectos, abogados o lo que fuera, y tuvieron que salir adelante no se sabe muy bien ni cómo en algunos casos. Pero no todo el mundo se plegó a eso. En cambio, pensar eso sería como decir que todo el mundo, expuesto a determinadas circunstancias, hace lo mismo. Pues no, no todo el mundo lleva ese mal, esa probabilidad de ejercerlo en el interior de sus venas, como se dice en la novela. Por el contrario, hay gente que lleva en el interior de sus venas otras cosas estupendas, lo que pasa es que lo ignoramos. Mucha gente cree saber mucho sobre sí misma y con mucha ufanía dicen que jamás actuarían de un modo determinado, y cuando oigo o leo estas cosas siempre se me escapa una mueca de escepticismo, pero es muy difícil saberlo.

«Muchos colaboraron con el franquismo cuando ya se veía que era un régimen tiránico»

–En las guerras, y en la novela se habla de varias de ellas, si sale esta capacidad de ejercer el mal. ¿Cree que, como dice uno de los personajes, Wheeler, en tiempo de paz se juzga con mucha severidad a los tiempos de guerra?

–En las guerras sale porque se obliga a los combatientes y a parte de la población civil. La guerra y la paz son dos cosas excluyentes. En tiempo de paz no se concibe el tiempo de guerra y en el de guerra tampoco se concibe ya el tiempo de paz: hay una guerra y hay que ganarla, aun haciendo muchas cosas que normalmente uno no haría. Lo grave es empezar una guerra. Una vez empezada y una vez que uno participa en ella, se hace todo lo necesario, como también se dice en el libro, lo cual también a veces incluye lo innecesario. Precisamente una de las cosas que se plantea uno de los personajes de la novela es que durante la guerra hizo con su mejor voluntad todo lo que creía necesario y luego es incapaz de ver que eso fuera realmente necesario para ganarla, se pregunta si quizá no se hubiera ganado realmente si ella hubiera dejado de hacer lo que hizo.

–El «veneno» al que se hace referencia en el título de este tercer tomo de Tu rostro mañana es también el de la violencia: el narrador se siente envenenado cuando su jefe le obliga a ver unas grabaciones en las que se recogen actos terribles, torturas, asesinatos, sadismo... Y ese veneno es, seguramente, el que lleva al pacífico Jacobo Deza a terminar ejerciendo él mismo esa brutalidad. Hay en el libro una reflexión sobre el proceso de inoculación de la violencia ¿Lo que vemos cada día por televisión es eso, veneno para los ojos?

–En gran medida sí, en la novela se puede decir que hay un descubrimiento por parte del narrador de que existe ese recurso. Claro que se emplea la violencia, mucho más de lo que pensamos y eso que con las televisiones mostrando todo tipo de atrocidades vemos que se utiliza la violencia en mayor medida de que lo hemos sabido nunca. El protagonista descubre eso, le horroriza lo que ve pero, al mismo tiempo, ese veneno se le inyecta y pasa a no

«En la televisión vemos todo tipo de atrocidades y la violencia es más explícita que nunca»